

## Cuando la Universidad se puso mascarilla

Mi hijo es estudiante de Veterinaria. Está viviendo una etapa maravillosa, pues la vida universitaria es un camino de autodescubrimiento, donde conocemos nuestros verdaderos gustos e inquietudes, a personas fantásticas que se pueden convertir en amigos para toda la vida y, en ocasiones, podemos, incluso, encontrar un amor.

Y es que él ha conocido a una chica de su clase y le ha pedido salir. Ella ha aceptado, porque Javi, sinceramente, y no sólo porque sea mi hijo, es un chico bastante guapo, listo y simpático. Vamos, que lo tiene todo. Pero voy al grano del asunto: nunca lo había visto, como él dice, «tan enganchado».

El otro día, me preguntó que cómo conocí a su padre. Me quedé sorprendida, pues en sus diecinueve años de vida, nunca había manifestado esa inquietud. Así que, divagando, como es mi estilo, comencé a relatarle:

—Como bien sabes, tu madre es una romántica. Lo dejé con el primer chico con el que había estado saliendo cuando me mudé para estudiar Enfermería. Las cosas entre él y yo ya no iban bien. Tus abuelos me ayudaron mucho con la mudanza y la abuela dejó que me llevara a Fígaro para que me hiciera compañía. Todavía echo de menos sus maullidos.

—¿Y cómo fue al principio, mamá? Supongo que lo pasarías genial viviendo tú sola en Madrid, ¿eh? —preguntó mientras guiñaba un ojo y me propinaba un codazo.

—Bueno, a ver, cariño. No todo es tan fácil. Tenías que cocinar tú sola, lavar y planchar tu ropa... Los abuelos venían a verme cada dos semanas y me traían táperes y algún que otro regalo. —Hice una pausa y esboqué una sonrisa—. En cuanto al primer curso, te diré que fue increíble. Conocí a mis amigos: Cristina, Lucía y Gabriel. Recuerdo que todo eran carcajadas en la clase de Anatomía, cuando a Gabri le tocó montar un esqueleto y lo hacía del revés.

—Ja, ja, ja. Me imagino a Gabriel. —Javi conoce a todos mis amigos de universidad—. ¿Y salíais de fiesta, mamá?

—Sí, un montón. Cada mes era el patrón de una disciplina universitaria y nos íbamos con los alumnos de otras facultades, a tomarnos algo, a bailar... Lo pasábamos genial. Sin embargo, en cuarto curso, todo se torció. Llegó la COVID-19 y como ya sabes, fue

devastadora. En mi caso, nos fastidió bastante, pues, en resumen, se acabó nuestra vida universitaria. Sólo podía ver las caras a mis amigos a través de videollamada. Literalmente, de hecho, porque en clase, usábamos mascarilla y sólo se nos veían los ojos.

—Qué complicado. ¿Había clases presenciales? ¿Y los exámenes cómo...?

—Pues algunas clases fueron presenciales, aunque al inicio de la pandemia fueron online. Después, las combinábamos online y presenciales. Los exámenes igual. No me motivaba mucho, la verdad. —Suspiré—. Las prácticas fueron diferentes. Las suspendieron y las aplazaron. Se escuchaba que nos iban a contratar antes de terminar los estudios y tuvimos que padecer escenarios muy duros.

—Ya...

—Estaba hundida. Me tiré meses sin ver a los abuelos entre las restricciones por movilidad y el miedo a contagiarlos. Me sentía muy sola. En las prácticas tuve que usar equipos de protección individual que no había visto en mi vida. Las plantas de hospital donde antes había hecho prácticas, se transformaron en unidades adaptadas a la COVID-19. Además, tuve que atender a una profesora que había ingresado. —Sentí un nudo en la garganta al pronunciar aquello—.

—Se te ha escapado una lágrima, mamá.

—Es que fue especial. Estuve cuidando de Alfonso, un señor pluripatológico. Su hijo, un chico joven, lo visitaba a diario y nos preguntaba preocupado por la evolución. Por las tardes, le llevábamos a Alfonso un dispositivo para que pudiera comunicarse con su familia a través de videollamada. Esos momentos eran mágicos. Pero luego, volvía a casa, sola. Me duchaba, hablaba con los abuelos si tenía un poco de energía, «hacía Skype» con los amigos y pedía comida a domicilio.

—No me imagino mis días de prácticas así. Ni tan siquiera llevar un año universitario de esa forma.

—Imagínate, Javi. Habíamos perdido el contacto, losorros al final de clase en los pasillos, la fiesta, las clases como siempre las habíamos vivido... ¡Hasta tuve que cancelar el Erasmus a Reino Unido! Mi vida había cambiado tanto... Era un sentimiento extraño. Como si hubiera terminado la carrera, pero sin terminarla. Y, por supuesto, nada de graduación ni de viaje final.

—¡Dios mío!

—Ja, ja, ja. Vaya. Esa era mi rutina: clases online, hospital, casa, ducha, videollamadas y pedidos a domicilio. Porque no me apetecía nada cocinar. Engordé cinco kilos, ¿sabes? Pero, un día, no pude más.

—¿Qué te pasó?

—Falleció una paciente en el hospital, iba atrasada en una entrega del Trabajo Fin de Grado y Cris nos contó que estaba aislada en su dormitorio porque había cogido el virus. Esa noche, cuando vino el repartidor de comida, comencé a llorar delante de él y me dijo que no me preocupara. Los dos estábamos con mascarilla y el chico me abrazó unos segundos. Me quedé paralizada porque no conocía a aquel muchacho, pero el abrazo resultó de lo más reconfortante en varias semanas. Antes de irse, se distanció de mí y se bajó la mascarilla.

—¿Y...? —preguntó expectante.

—Ahí fue cuando no di crédito y vi que el chico que llevaba semanas viniendo a traerme la cena, no era otro que el hijo de Alfonso, el paciente que había estado atendiendo en mis prácticas un mes entero. Antes de que tomara el ascensor, nos dimos los teléfonos. De esa forma, a mi rutina, se incluía una videollamada nueva. En el hospital, no parábamos de hacernos bromas sobre si debería de dejar de pedir a domicilio y, aquello, nos permitía a ambos relajarnos de la situación que estábamos viviendo.

—¿Qué pasó con Alfonso?

—Pasó que, cuatro días después de finalizar mis prácticas, a Alfonso, tu abuelo, le dieron el alta. Y tu padre le contó cómo había empezado a salir con la enfermera que lo cuidaba.

—¡Ostras! ¿Y con el resto? ¿Con tu amiga Cristina?

—Cristina mejoró, pero contagió a su padre, quien falleció meses después en la uci. Lo pasó realmente mal y todos estuvimos allí para apoyarle. Cuando terminamos y presentamos el Trabajo Fin de Grado en clase, donde pude ver a mi profesora ya recuperada, nos prometimos que viajaríamos juntos cuando esto acabase. Yo comencé a trabajar en el hospital y presenté a papá a los abuelos.

—Es increíble tu historia, mamá. Me cuesta creerlo todo.

—Pues así fue, hijo. El consejo que puedo darte, Javi, es que disfrutes de tus años de universidad. Pasan rápido. Y que Mónica también los disfrute. Estudiad, salid con amigos, reíos y, si creéis que merece la pena, intentadlo juntos. Pero recordad que pese a todo, estos años serán los mejores de vuestra vida.

Al final, como en todas las charlas que tengo con mi hijo, nos fundimos en un largo abrazo, que sólo se vio interrumpido por un sonido familiar, haciéndome sentir que alguien todavía nos acompaña, aunque ya no esté.

—¿Has oído eso?

—¿El qué, mamá?

—No sé, a veces parece que oigo algún maullido.

Y ambos terminamos riendo.

*Aire de Levante*